

CAPITULO VI.

EL PRIMER GOLPE.

Otros cuatro dias pasaron.

Continuábase hablando del robo sacrílego sin que se hubiese conseguido descubrir á los ladrones.

Algunos murmuraban del poco celo que habia mostrado en aquella ocasion la guardia civil, pues era extraño que el sargento se mostrase tan indiferente y apenas diese órdenes para buscar á los criminales.

El anciano don Gaspar, con su buena fé de siempre, habia hablado sobre este punto al juez.

El cura habia hecho lo mismo; pero el representante de la ley se habia concretado siempre á responder:

—No todo se hace tan pronto como uno desea.

La verdad es que era muy poco lo que habia que hacer ya, pues se habian tomado muchas declaraciones, se habian enviado avisos á los pueblos cercanos y á la capital y se habian recorrido los alrededores.

Suponíase que los ladrones debían ser los mismos que intentaron robar algunos días antes, según oímos decir á Pepa y á Braulio; pero esto no pasaba de ser una suposición, y sobre todo no había podido descubrirseles.

De todas las murmuraciones tenía noticias el astuto sargento y más de una vez se había sonreído irónicamente y retorció el bigote mientras decía:

—Al cabo de mis años y de mi experiencia quieren darme lecciones estas pobres gentes.

Varias conferencias secretas habían tenido el juez y el sargento.

Una mañana se habló de la casa ruínosa, porque uno de los aldeanos dijo que la noche anterior había visto unas luces azuladas entre los escombros, lo cual era una prueba concluyente de que allí moraban seres fantásticos ó se reunían las brujas de la comarca.

Algun curioso quiso ver las luces, pero no lo consiguió, porque ni el más leve destello volvió á brillar en aquellos sitios.

—Hé aquí un detalle que puede perdernos, dijo Braulio cuando oyó hablar de brujas y de duendes.

Y aquella tarde hizo á la jóven rubia las convenientes advertencias para que no volviese á encender fuego durante la noche.

—¿Brujas tenemos? dijo el sargento de la guardia civil.

Y guardó en su memoria cuanto decían los supersticiosos aldeanos.

La tarde del siguiente día y á la hora de costumbre se fueron á pasear Andrés y María con su hijo, dirigiéndose á la cruz de la ermita, porque allí gozaban con sus recuerdos.

Sentados al pié de la cruz hablaban tranquilamente.

Entretanto el niño iba y venía corriendo por entre los matagales.

Si María y Andrés no hubiesen estado tan distraídos, habrían podido ver que á doscientos pasos de distancia y entre la espesura de unos zarzales, había un hombre cuyo único objeto parecía ser el de observar, pues tenía la mirada fija en los dos jóvenes y en la inocente criatura.

El tiempo pasó sin sentir, como pasaba siempre para Andrés y María cuando estaban juntos.

Alguna vez se olvidaban de su hijo, pero bien pronto pensaban en él, y si no lo veían lo llamaban, haciéndole mil caricias y diciéndole que no se alejase.

Apresurábase el niño á acudir á los llamamientos de sus tiernos padres, sonreía y volvía luego á entregarse á sus diversiones.

Ocultábase el sol.

Ni la más ligera nube empañaba el horizonte. De repente se estremeció María, mirando á su alrededor.

—¿Qué te sucede? le preguntó Andrés.

—Nada, respondió ella, que había palidecido.

—Has temblado y tu semblante revela la intranquilidad.

—No puedo explicar lo que he sentido. Me pareció como si un fantasma se nos presentara, y sin saber por qué he recordado lo que ayer hablaban de los duendes y de las brujas.

—Así se explica la causa de tus temores. La gente sencilla y supersticiosa se ha empeñado en creer que hay en estos contornos seres fantásticos, y tan absurdas supersticiones tienen doble valor en los momentos en que á todos nos preocupa el crimen cometido en la iglesia.

—No soy supersticiosa, ya lo sabes.

—Entonces.....

—Me ha ocurrido una idea.

—Sepamos.

—¿No es posible que los ladrones se oculten en esa casa abandonada? Nadie ha ido allí á buscarlos, y bien puede suceder que ellos hayan buscado refugio allí.

—Todo es posible.

—La guardia civil, siempre tan activa.....

—¿Tú tambien vas á murmurar? dijo Andrés en tono de broma.

—No; pero.....

—Ciertamente es extraña la conducta del juez y de los demas agentes de la autoridad; pero como no puede ponerse en duda el celo ni la probidad de ninguno de ellos, es preciso reconocer que saben mejor que nosotros lo que conviene hacer en este asunto.

—Ello es que los objetos robados no parecen y que ha faltado muy poco para que el lance cueste la vida al pobre Braulio.

No teniendo otra cosa de que ocuparse, siguieron hablando del mismo asunto.

Ocultábanse los últimos rayos del sol, reflejando en las pizarras de la techumbre de la ermita.

El hombre de quien antes hemos hecho mencion, continuaba oculto entre los matorrales.

El niño se habia alejado, yendo hácia el otro lado de la ermita.

Arrastrándose ó poco menos, avauzó hácia el mismo punto el que acechaba.

A los pocos minutos se le perdió de vista.

Acabó de ocultarse el sol.

Extendióse en Occidente la vaporosa faja crepuscular.

Otra vez se estremeció María, y poniéndose en pié dijo:

—Tengo miedo.

—¡Miedol.....

—Sí.

—Pero.....

—Vamos, Andrés, vamos.

Buscaron con la mirada al niño; pero no lo vieron.

Lo llamaron.

El niño no respondió.

Ya no pudo María contener un grito de terror profundo.

—¡Dios mío! exclamó.

—¿Qué tomes?

—Nuestro hijo.....

—Por aquí andará.

Para tranquilizar á su esposa corrió Andrés de un lado para otro, en tanto que llamaba á la tierna criatura.

La voz se perdió en el espacio.

Repentinamente sintió Andrés que le faltaban las fuerzas hasta el punto de que no pudo moverse y tuvo que apoyarse en la pared de la ermita.

Le pareció que su sangre se helaba.

La luz huyó de sus ojos por algunos momentos.

Experimentaba el mismo terror que María, sin que le hubiera sido posible explicar la causa.

Habia sucedido muchas veces lo mismo que entonces, y nunca habian temblado porque el niño no respondiese inmediatamente despues que lo llamaban.

Andrés volvió la cabeza á uno y otro lado.

Habíanse dilatado sus pupilas y su mirada era vaga.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

La desdichada madre exhalaba entretanto desgarradores

lamentos y corria de un lado para otro como si hubiera perdido la razon.

Andrés no la oia.

Aquellos gritos repetíanse en ecos que iban á perderse en la soledad de los vecinos collados.

Nunca como entonces necesitaban la calma para reflexionar, hacerse cargo de la situacion y buscar á la tierna criatura, y sin embargo nunca como entonces estaban trastornados y eran incapaces de adoptar ninguna resolucion cen acierto, ni de hacer lo que mas les interesaba.

El niño no podia estar lejos, y aprovechando los instantes era posible todavía encontrarlo; pero los criminales habian contado sin duda con la turbacion de los desdichados padres.

Lo que menos sospecharon estos era que les habian robado su hijo.

Creyeron que la tierna criatura habia sido víctima de su infantil imprudencia.

En tan horrible situacion trascurrieron diez minutos, que no podemos decir si aparecieron breves ó largos á la desesperada María y al trastornado Andrés.

Si este hubiese adivinado la verdad no habria perdido las fuerzas, no se habria detenido; pero esperaba ver á su hijo muerto á consecuencia de una caida y se acusaba por haberle dejado tanta libertad.

El infeliz padre sufría un doble tormento, el de su dolor y el de su conciencia.

Y el resplandor del vespertino crepúsculo se debilitaba.

Y en el Oriente se extendian las densas tinieblas de la noche.

Ya las aves no cruzaban el espacio.

No se percibia el mas leve ruido en los alrededores de la ermita.

En la aldea empezaron á brillar algunas luces.

Las campanas de la iglesia habian resonado y eran muchos los lábios que se movian, pronunciando frases de ardiente fé cristiana.

Cuanto mas tiempo trascurriese mas difícil seria encontrar al niño.

Instintivamente lo comprendió así Andrés.

Sus fuerzas renacieron en un instante.

Sus negros ojos relumbraron como dos luciérnagas.

Con voz reconcentrada murmuró algunas frases de impía desesperacion.

A María le sucedió lo contrario.

Sintióse desfallecer.

La infeliz cayó de hinojos al pié de la cruz, extendió los brazos, elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora y exclamó:

—¡Dios mio, Dios misericordioso!

Nuevamente corrió Andrés por todas direcciones, pronunciando sin cesar el nombre de su adorado hijo.

El silencio le respondia, silencio aterrador y pavoroso.

Y como por instantes se desvanecian los resplandores del crepúsculo, era mayor la dificultad para encontrar al niño.

Lo que menos pensó Andrés fué que su hijo se alejaba en aquellos momentos.

Creia firmemente encontrarlo muerto ó sin sentido entre los matorrales.

El resplandor crepuscular desplegó su postrera sonrisa.

El horizonte se ennegreció.

Brillaron las estrellas.

—¡Luz, luz! gritó Andrés.

María hizo un esfuerzo sobrenatural y se levantó.



Por horrible que fuese la realidad era preciso aceptarla. Además, Andrés tenía la obligación de mostrarse más fuerte para infundir valor y consolar á su esposa.

Por fin comprendió este deber, y acercándose á la adolorida jóven le dijo:

—No hay motivo bastante para perder la esperanza. Su-

pongo que el niño se ha caído y el golpe le ha hecho perder el conocimiento.

—¡Hijo de mis entrañas!

—Lo buscaremos y lo encontraremos.

—Esta oscuridad.....

—Iremos á la aldea, te quedarás al lado de nuestro padre y yo vendré con nuestros criados y con luces.

—Yo también.

—Tus fuerzas.....

—Me sobran.

—María.....

—Vamos, vamos.

Y como si la pobre madre quisiera probar que efectivamente eran inagotables sus fuerzas, echó á correr tan velozmente que apenas Andrés podía seguirla.

Antes de llegar á la aldea y cuando el aliento les faltaba, fueron detenidos por un hombre.

Era el padre de María, el anciano don Gaspar, que iba á buscar á sus hijos porque la tardanza de estos lo había puesto en cuidado.

—¿Qué sucede? preguntó.

—El niño, el niño, respondió María.

—¡El niño!..... pero..... ¡ah!..... no os entiendo.....

—Dejadnos, necesitamos luces, porque se ha perdido, lo llamamos y no responde.....

Don Gaspar exhaló un grito ahogado.

Aunque no le daban explicaciones, comprendió la horrible desgracia.

Tambaleóse como si estuviera ébrio, y se dejó caer pesadamente.

María acudió en su socorro.

Otro sufrimiento, otra lucha.

Andrés rugió desesperadamente y corrió hacia la población.

Antes de llegar á su casa encontró algunos aldeanos á quienes dijo lo que sucedía.

No habian pasado diez minutos cuando la aldea puede decirse que estaba en conmocion.

Brillaron muchas antorchas, y veinte ó treinta hombres corrieron hacia la cumbre donde se levantaba la ermita.

Entre aquella multitud iban el sargento y dos guardias, el juez, el médico y el cura.

Para comprender el efecto que produce un suceso semejante, es menester haber vivido en una poblacion de corto vecindario.

Los que habian quedado en la aldea, ocupábanse de la desgracia, calculando y comentando de mil maneras.

Don Gaspar habia podido levantarse, pero no tenia fuerzas para seguir á los que corrian.

El buen anciano lloraba y exhalaba desgarradores lamentos, y cuando algunos quisieron consolarlo, el médico dijo:

—Dejadlo que lllore, que grite y que se mueva, pues solo así respondo de su vida.

Teniendo don Gaspar á su lado al doctor y al sacerdote, atreviése María á correr con los demas.

En pocos minutos llegaron á la ermita.

Esparcíase la roja y vacilante luz de las antorchas, dejando escapar espirales de humo.

Para encontrar mas pronto al niño, esparciéronse en distintas direcciones.

Palmo á palmo examinaban el terreno, y si la inocente

criatura se hubiese encontrado allí, la habrian descubierto bien pronto.

A los guardias civiles se les veía en todos lados.

El rostro del sargento estaba violentamente contraído.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando se acercó al juez y le dijo:

—Estamos representando un papel bien triste.

—¿Y por qué?

Porque el niño debe encontrarse muy lejos de aquí.

—¡Lejos!.....

—No se ha caído, no ha perdido el conocimiento, se lo han llevado.....

—¡Oh!

—Si usía quiere acompañarme, buscaremos, no como busca esta sencilla gente, sino como debe hacerse.

—Una antorcha, gritó el juez con imperioso tono.

El médico se acercó, en tanto que un médico acudía con luz.

—Qué piensa usted de todo esto, doctor? preguntó el sargento.

—Me parece que nos fatigamos inútilmente.

Mandó el juez que todos se situasen junto á la cruz, y que nadie se moviese hasta nueva orden.

El astuto sargento buscó y encontró huellas de las pisadas del niño.

Las siguió hasta la ermita, luego mas allá y llegó hasta unos matorrales donde las huellas desaparecian.

En cambio allí habia otras, pero eran muchas, porque allí habian andado los que buscaban.

—Aquí se ha cometido el crimen, dijo el sargento.

A diez ó doce pasos de distancia encontraron nuevas hue-

llas estampadas por los piés de un hombre, pero algo mas allá no habia señal alguna, porque el terreno era pedregoso.

Andrés y María, á pesar de la órden del juez, corrieron hasta donde este se habia detenido con el guardia.

Ya no era posible ocultar la verdad.

El desgraciado padre habia recobrado todo su valor, toda la energía de su privilegiado espíritu, y escuchó atentamente cuanto el astuto sargento decia.

Convencióse Andrés de que se habian llevado á su hijo.

¿Con qué fin?

No era fácil adivinarlo.

¿Hacia dónde?

Toda suposicion era arriesgada.

Debía creerse que se habian apoderado del niño para exigir un rescate.

Pensaron entonces en el robo de las alhajas del templo.

El sargento, el médico y el juez pensaban en Braulio.

Todos ellos quedaron inmóviles y silenciosos por algunos minutos.

Al fin, Andrés, como si un rayo de luz esclareciese su inteligencia, dióse una palmada en la frente, y exclamó.

—¡Ahl..... ¡Las brujas!.....

Y se lanzó como un loco á traves de los matorrales, desapareciendo entre estos y la oscuridad.

—No se equivoca, dijo el sargento, que no necesitaba mas explicaciones para adivinar el pensamiento de Andrés; pero comete una locura yendo solo y desarmado.....

Interrumpióse, volvióse hácia á los dos guardias y les dijo:

—Seguidme con una luz.

Los tres corrieron en la misma direccion que Andrés.

Quiso seguirlos María, pero no se lo permitieron, y le hi-

cieron comprender que era una imprudencia lo que intentaba.

El cura se encargó de acompañar y consolar á la infeliz jóven y al anciano padre de esta.

El juez, con el médico y algunos aldeanos, tomaron tambien por el mismo sendero que ya sabemos conducia al solitario lugar que servia de refugio á los criminales.

Como si dudasen aún, volvieron á recorrer los alrededores de la ermita.

Tuvieron al fin que darse por vencidos y volvieron tristes y silenciosos á la aldea.

El sacristan supo bien pronto el resultado de las pesquisas y tembló y palideció cuando le dijeron que habian ido en busca de los criminales á la casa de las brujas.

BIBLIOTECA ALCANTARA

Tampoco lo averigüé para no haber de averiguarlo...
lo que se averiguó de este modo y averiguarlo...
El caso no es de los comunes y averiguarlo...
El caso no es de los comunes y averiguarlo...
El caso no es de los comunes y averiguarlo...

GAPITULO VII.

UNA PUÑALADA.

La chispa engendra la hoguera, y en esto no habian pensado los criminales.

El sencillo aldeano que habia visto la luz en la casa ruinosa, no podia sospechar que al ocuparse de las brujas y duendes iba á iluminar la inteligencia de los que buscaban á los criminales.

Pepa habia cometido una imprudencia al encender fuego, y los resultados debian ser los peores para ella.

No hay crimen oculto para la justicia cuando se saben aprovechar todas las circunstancias, cuando se da valor á todos los detalles y se discurre con buena lógica.

Al hacer el robo en la iglesia olvidáronse los criminales de las gotas de cera que era forzoso quedasen en el suelo al caer la palmtoria, y esto sirvió de punto de partida para las deducciones y sospechas del astuto sargento.

Vertical text on the left edge of the page, possibly a library or archival stamp.

Vertical text on the right edge of the page, possibly a library or archival stamp.

Tampoco la joven rubia pensó que el fuego que encendía podía ser distinguido desde larga distancia y que debía llamar la atención, tanto mas cuanto que los supersticiosos aldeanos creían que el edificio ruinoso era morada de brujas, duendes y trasgos.

Precisamente de este asunto habíanse ocupado María y Andrés mientras los criminales se apoderaban del niño.

Cuando el desdichado padre pudo dominar el trastorno del primer arrebató de su dolor, pensó en las sospechas de su esposa.

Posible y hasta probable era que entre las ruinas se albergasen los ladrones, y era de presumir que allí hubiesen llevado al niño.

En aquellos instantes de mortal angustia, Andrés era tan astuto como el sargento; pero no podía ser prudente, porque se sentía impulsado por su amor paternal.

Ya lo hemos visto lanzarse locamente en dirección á la casa ruinoso.

No podía ser mas peligroso lo que hacia si allí se encontraban los criminales.

Debían estos vigilar, y si álguien se les acercaba se defenderían ó huirían, segun creyesen mas ó menos fuerte al enemigo.

¿Qué suerte le esperaba al noble Andrés?

Enteramente solo y desarmado seria víctima de su arrojo, sin que los guardias pudieran socorrerlo, porque lo seguían á bastante distancia.

En medio de las tinieblas, rugiendo sordamente y dejando escapar centellas por los ojos, corrió Andrés sin cuidarse de seguir por el tortuoso sendero.

Quería llegar cuanto antes á la casa ruinoso, y para conseguirlo avanzó en línea recta.

Ni los espesos matorrales, ni las desigualdades del terreno eran un inconveniente para él.

Corría sin cesar y salvando cuantos obstáculos se le presentaban.

Sus fuerzas en aquellos momentos eran las de un gigante, porque estaban sostenidas por una violenta excitación nerviosa.

Empero sus fuerzas de nada le servirían contra un puñal.

En ningun peligro pensó.

Parecíale que no tenia mas que llegar y arrancar á su hijo de manos de los raptores.

Y una vez que tuviese entre sus brazos á su hijo, ¿quién seria capaz de arrebatárselo?

Si por algunos minutos habia discurrido Andrés con calma y claridad, otra vez se habia dejado arrebatado por el sentimiento.

No era posible que en tal estado adoptase ninguna precaución, ni siquiera concebir que pudiera perderse un instante cuando se trataba de recuperar al hijo adorado.

Parecíale un siglo cada minuto que pasaba, y sin embargo no tenia conciencia del tiempo.

Con frecuencia los matorrales espinosos lo herían, y estaban ensangrentadas sus manos y destrozada su ropa; pero él no se apercibia de nada de esto.

Sin que él mismo supiese cómo, llegó al fin muy cerca de las ruinas, que en medio de las tinieblas no presentaban mas que una masa informe y negra.

Creó Andrés que habia triunfado y lanzó un grito de júbilo inmenso.

GALERIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Su voz fué como un aviso salvador para los criminales.
De entre los escombros escapóse otro grito de sorpresa y de terror.

Luego se oyó decir:

—Manolo, si vacilas, todos nos perderemos.

—¡Miserables! exclamó Andrés.

Y siguió avanzando resueltamente hácia las ruinas.

Empero un hombre le salió al encuentro diciéndole:

—Atrás!

Relumbrió la hoja de un puñal ó navaja.

Detúvose Andrés, y replicó:

—Ya no hay salvacion para vosotros, á menos que aprovecheis los instantes para huir dejándome á mi hijo.

El que blandía el puñal soltó una carcajada burlona y dijo:

—¿Crees que un hombre me infunde miedo?..... Si quieres vivir, retrocede, y en cuanto á tu hijo, arreglaremos el negocio en mejor ocasion.

No se encontraba Andrés en buena disposicion de ánimo para discutir, ni era tampoco posible que retrocediera porque le amenazaban con la muerte; era padre y el valor le sobraba para arrostrar todos los peligros.

—Basta, gritó.

Y sin darse apenas cuenta de lo que hacia, lanzóse sobre el miserable que intentaba detenerlo.

—Puesto que lo quieres, toma, dijo Manolo.

Como un relámpago brilló la hoja de la navaja ó puñal.

Andrés exhaló un ¡ay! con voz ahogada.

Su cuerpo vaciló un instante y cayó pesadamente, quedando inmóvil.

El crimen estaba consumado.

Manolo dejó escapar una blasfemia, guardó la navaja y desapareció entre los escombros.

Pocos momentos despues se oyó el siguiente diálogo sostenido con viveza:

—Tras el padre vendrá la guardia civil.

—Por eso debemos aprovechar el tiempo.

—¿Y á dónde hemos de ir?

—No lo sé; pero tú conoces bien estos sitios, y por de pronto evitaremos el golpe.

—El chiquillo es un estorbo.

—Cargaremos con él y tendremos paciencia.

—Pues vamos.

Resonó entonces un gemido angustioso.

Los dos criminales salieron de entre las ruinas, llevando al niño, que temblaba convulsivamente sin atreverse á gritar por temor á que lo matasen segun le decian.

La tierna criatura no habia podido hacerse cargo de la situacion.

Confusamente habia oido la voz de su padre; pero no habia comprendido lo demas.

El cuerpo de Andrés yacia á pocos pasos de su pobre hijo.

—¿Estará bien muerto? dijo Pepa.

—Creo que sí, le respondió su cómplice. Ya sabes que tengo la mano segura. El golpe ha ido derecho al corzon y la hoja ha penetrado bien, de manera que si no está muerto, morirá pronto.

—Ello es que no puede estorbarnos ahora.

—Mira, mira.....

—¡Ahl.....

—Luces.....

—Y mucha gente.....

—Corren hácia aquí.....

—Vamos, Manolo.

—Lo que te digo, Pepa, es que este negocio empieza á disgustarme, pues con lo que acaba de suceder es mucho mas difícil hacer lo que tenemos pensado.

—Algo hemos conseguido ya.

—Casi deberíamos contentarnos con lo de la iglesia.

—Es poco.

—Dejemos al chiquillo, y cuando lo encuentren no nos buscarán con tanto empeño.

—Manolo, cuando se principia es preciso concluir.

—¡Rayos!..... las mujeres son siempre la perdición de los hombres.

—¿Tienes miedo?

—¡Miedo!.....

—Entonces.....

—Es que me contento con menos que tú.

—Pues para vivir como un miserable debes ser hombre honrado.

—Hágase tu voluntad.

No hablaron mas.

Manolo cogió brutalmente al niño y corrieron hácia un barranco.

Tiempo era ya, porque los otros se acercaban.

A favor de la oscuridad desaparecieron bien pronto los criminales.

A pesar de esto, debian encontrarlos si algun nuevo incidente no los favorecia.

En otro tiempo aquella comarca habia sido teatro de las hazañas de Manolo, y por consiguiente conocia el terreno á palmos.

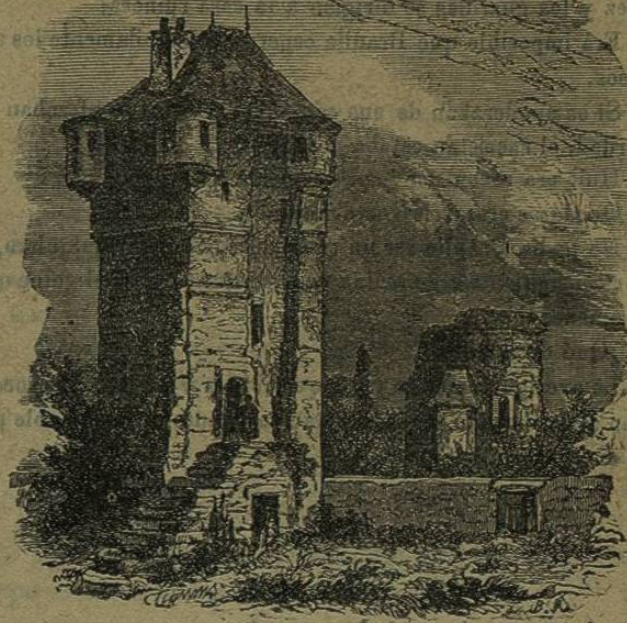
Si lo dejaban llegar á la cumbre de que antes hemos hecho mencion, prometiase burlarse de sus perseguidores.

Aun no habia trascurrido un cuarto de hora cuando llegaron el juez y los guardias.

A favor de la antorcha descubrieron el cuerpo de Andrés. No pudieron contener una exclamacion de horror y de sorpresa.

—¡Muerto! murmuró el representante de la ley.

El sargento, que ante todo queria apoderarse de los criminales, cogió la antorcha y se metió entre las ruinas.



—¡Ya es tarde! dijo con desesperación. ¡Han desaparecido!

—Todo lo ha echado á perder la imprudencia de ese infeliz; pero los asesinos no pueden estar lejos.

Efectivamente, cerca estaban; pero ¿cómo adivinar hacia dónde se habían dirigido?

En aquellos instantes no podía el sargento disponer mas que de los dos guardias, y esto era poco para explorar por todos lados el terreno.

Involuntariamente pronunció el nombre del sacristan, y esto nos recuerda la situación crítica del miserable hipócrita.

¿No habia adoptado ninguna precaucion al saber que el juez y los guardias se dirigian á la casa ruinosa?

Era imposible que Braulio esperase tranquilamente los sucesos.

Si se apoderaban de sus cómplices y estos confesaban la verdad, el sacristan estaba perdido.

Huir era reconocer implícitamente su trímen.

Quedarse era arriesgar demasiado.

No podia Braulio ser un criminal como otro cualquiera, y por consiguiente algo tenia que hacer para evitar el golpe que le amenazaba.

¿Qué determinó?

Lo averiguaremos en tanto que el juez y las guardias socorrian al desdichado Andrés y hacian cuanto es imaginable para encontrar á los asesinos.

CAPITULO VIII

EL CINISMO DE BRAULIO.

Braulio habló con unos y con otros, escuchando con profunda atencion las noticias que daban sobre la desaparicion del niño y los comentarios que del suceso se hacian.

Las palabras pronunciadas por el sargento habian sido tomadas por muchos al pié de la letra, creyendo firmemente que las brujas habian sido las que se habian apoderado de la tierna criatura.

El sacristan se separó de los aldeanos, empezando á discurrir y á calcular con una frialdad verdaderamente horrible.

Los que habian ido en busca de los criminales no podian volver á la aldea antes de tres horas.

¿No era este tiempo bastante para dar un paso decisivo? Creyó Braulio que sí, acabando por tranquilizarse.

En el espacio de tres horas habia tiempo bastante para que el miserable hipócrita hablase con María.